

UC Merced

TRANSMODERNITY: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World

Title

Gasquet, Axel. El llamado de Oriente. Historia cultural del orientalismo argentino (1900-1950). Buenos Aires: Eudeba, 2015. Impreso. 444 pp.

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/30d9q1cf>

Journal

TRANSMODERNITY: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World, 6(2)

ISSN

2154-1353

Author

De Castro, Juan E

Publication Date

2016

DOI

10.5070/T462033563

Copyright Information

Copyright 2016 by the author(s). This work is made available under the terms of a Creative Commons Attribution License, available at <https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>

Peer reviewed

Gasquet, Axel. *El llamado de Oriente. Historia cultural del orientalismo argentino (1900-1950)*. Buenos Aires: Eudeba, 2015. Impreso. 444 pp.

JUAN E. DE CASTRO
EUGENE LANG COLLEGE, THE NEW SCHOOL FOR LIBERAL ARTS

Cualquier evaluación de *El llamado de Oriente* se enfrenta a un problema: este libro es la segunda parte de una trilogía que incluye *Oriente al sur* (2010) y un futuro estudio sobre la obra de los escritores vinculados a la revista *Sur* y otros contemporáneos. Debido a esto, autores centrales de la tradición literaria argentina, como Ricardo Güiraldes, Victoria Ocampo y Jorge Luis Borges, han quedado fuera de esta monografía. También ha sido excluido del análisis el grueso de la obra de Leopoldo Lugones, aunque éste hace un par de breves cameos cuando el libro estudia brevemente el modernismo y luego la influencia de la teosofía durante el inicio del siglo veinte. Lo que el libro sí hace es pasar un repaso exhaustivo a la literatura sobre el Oriente escrita por autores de segunda línea, como Ernesto Quesada, Carlos Aldao, Delfina Bunge, Arturo Capdevila y Alberto María Candiotti. Esta lista, por cierto incompleta, parecería indicar que *El llamado de Oriente* es de exclusivo interés para los especialistas en la literatura argentina. En cierto modo, Axel Gasquet ha leído a estos autores para que los amateurs en los estudios argentinos no tengamos que hacerlo. Pero la erudición de que hace gala convierte a este libro en una guía segura para entender la evolución de la representación del Oriente entre 1900 y 1950 en la Argentina. En cierto modo, al tratar de autores de talento, pero no excepcionales, la revisión se vuelve más representativa del ambiente cultural de ese país durante ese periodo.

El libro se inicia con una “Introducción” y un primer capítulo llamado “Elementos para una historia cultural” que presentan de una manera general los temas centrales del estudio y los contextos sociales y culturales que enmarcan la vida y obra de los autores estudiados. Para Gasquet, lo que diferencia al orientalismo de las postrimerías del siglo XIX e inicios del XX del producido a lo largo del XIX es el resquebrajamiento sufrido por las ideas positivistas hasta entonces hegemónicas. Al perder su lustre el positivismo que veía en el Asia el espacio privilegiado del despotismo y la inmovilidad social, se empezó a crear un marco intelectual mucho más abierto a las ideas que venían del continente o, como la obra de Schopenhauer, valoraban positivamente al pensamiento de la India y de la China. En este periodo también surge de la mano del modernismo un interés, aunque sea decorativo y superficial, en las culturas asiáticas y sus literaturas. De esta manera se abandona el

“uso conceptual, político o ideológico” (18) que había caracterizado las anteriores referencias al Oriente, por ejemplo, en la obra de Sarmiento. Este es el periodo en que crece la atracción de movimientos esotéricos como la ya mencionada teosofía, inclusive entre figuras hasta entonces asociadas con el positivismo, como José Ingenieros.

Pero el verdadero punto de inflexión en la representación del Oriente en la Argentina se da debido a la Primera Guerra Mundial: “Si hasta la Primera Guerra Mundial la hegemonía cultural de Europa irradiaba inalterable en el firmamento de Occidente, a medida que se prolongaba la inhumana guerra de trincheras esta certeza se deteriora indefectiblemente” (26). Al quedar desacreditado Occidente, se da una crisis intelectual y artística que pone en cuestión todos sus fundamentos intelectuales, culturales y artísticos. Así el Oriente, hasta entonces visto como cercano a la barbarie, se convirtió en una fuente cada vez más atractiva de textos e ideas.

“Elementos para una historia cultural” continúa y profundiza el estudio de los contextos culturales y sociales de la historia de la recepción en la Argentina y, en menor grado, en el mundo hispanoparlante, de los clásicos de las literaturas del Asia menor, Persia y la India. En el orden cronológico en que empezaron a ser disseminados en el país platense estos clásicos orientales son: *Las mil y unas noches* de autor anónimo que empezó a ser leído en sus traducciones francesas e inglesas a lo largo del siglo XIX; el *Ramayana* de Valmiki que es presentado en una reseña de Lucio Vicente López de las traducciones francesas e italianas en 1869; el *Bagavad-Gita* atribuido a Viasa, cuya primera traducción es editada por la Sociedad Teosófica Internacional en 1893; y las *Rubaiyat* de Omar Khayyam, que van a ser traducidas por numerosos intelectuales hispanoparlantes a partir de 1904, teniendo, en el contexto argentino, su mayor éxito comercial y crítico en la versión de Carlos Muzzio Saenz Peña (1914). Sin embargo, como es característico del orientalismo argentino y latinoamericano estas traducciones son invariablemente hechas a partir de las versiones inglesas o francesas de los textos originales.

La “Primera Parte” que lleva por título “Estampas cosmopolitas, añoranzas espirituales, y cuadernos de bitácora”, analiza la literatura de viaje argentina de este periodo. Los autores estudiados son un grupo heterogéneo en lo intelectual e ideológico. El capítulo “Un positivista cosmopolita: Ernesto Quesada en Rusia y Oriente” analiza dos obras de este autor: *Un invierno en Rusia* (1888) y *Una vuelta al mundo* (1914). Según, Gasquet, los escritos de Quesada se caracterizan por “una mirada americanista” que “aspira a sacar provecho de lo observado poniéndolo al servicio de un proyecto de construcción nacional” (66). El tercer capítulo, “Testimonios y glosas: Carlos A. Aldao, Manuel Gálvez, Víctor Mercante, y Juan Filloy” trata sobre los recuerdos de viaje a Palestina de un grupo de

“intelectuales notables de la vida cultural y política a comienzos del siglo XX” (103). Más allá de las diferencias en perspectiva e ideología que muestran estos autores, sus escritos se caracterizan por ir más allá de los clichés piadosos que entonces solían encontrarse en los libros de viaje sobre la que para muchos es la Tierra Santa. La “Primera Parte” concluye con el capítulo “Una escritora entre los pueblos del Islam: Delfina Bunge por el Mediterráneo oriental” y aquí se analiza la producción de esta autora, que además era la esposa de Manuel Gálvez. Al ser tanto Bunge como Gálvez autores católicos de derecha, sus escritos ultimadamente representan un “orientalismo invertido” en el cual el contacto con el levante lleva a una defensa de “la tesis según la que Occidente debe retornar a la era del universalismo cristiano, opuesto al Occidente de la razón y la técnica positivista, moderno y secular” (172-73).

“Arcanos, nuevos rumbos y filosofías del Oriente” es el título de la “Segunda Parte” de *El llamado de Oriente*. El quinto capítulo—“Arcanos de Oriente: traducciones y ficciones”—retoma varios de los temas ya esbozados en la sección introductoria, por ejemplo, volviendo al análisis de la desilusión cultural causado por la Primera Guerra Mundial y su manifestación en obras que preconizaban la decadencia de occidente (Spengler). En el caso argentino, Gasquet usa como ejemplo la obra de Alejandro Korn, quien evolucionó desde el positivismo hasta una posición filosófica influenciada tanto por el idealismo como, mediado por Schopenhauer, el pensamiento de la India. Además, el capítulo profundiza e el estudio de las versiones castellanas de las *Rubaiyat*. Finalmente, Gasquet analiza la producción literaria de uno de estos traductores, y en especial la de Muzzio Sáenz Peña, quien es además el primero en concebir “obras de ficción propias, profundamente inspiradas en la literatura persa y árabe” (198).

El sexto capítulo, “El motivo árabe en el modernismo y posmodernismo: Ángel Estrada, Arturo Capdevila-y Álvaro Melián Lafinur” continúa el análisis de la presencia de la temática árabe y, más generalmente, oriental en la literatura argentina. Otra vez desarrollando ideas ya esbozadas en la introducción y el primer capítulo, se señala los cambios que representó en la cultura argentina el surgimiento del modernismo a fines del siglo XIX y cómo esta apertura hacia al arte y cultura del norte de África y Asia continuó y se profundizó en la pluma de los autores postmodernistas. Además, en el caso de los autores posteriores a la conflagración mundial, se desarrolló una mayor autonomía ante las evaluaciones negativas del Asia y el levante que caracterizaban al pensamiento europeo, apareciendo entre los autores argentinos una mayor consciencia de los efectos del imperialismo sobre estas regiones. En el caso del modernista Estrada, tanto su poesía como su prosa reflejaron la impronta de su visita al medio Oriente y Egipto durante los albores del siglo XX.

De hecho, los cuarenta y tres poemas que componen la sección “Oriente” de su colección de poesía *Alma nómada* (1902) señalan el lugar donde fueron escritos. A pesar de que poesía, como la de todo buen modernista, se caracteriza por “una falta de apego a la realidad y a todo criterio de veracidad” (211), prefiriendo meditar y describir el pasado legendario, sus crónicas recopiladas en *La voz del Nilo* (1902) demuestran “una mirada crítica sobre el fenómeno colonial entre los pueblos orientales” (222). Aunque Arturo Capdevila, el más conocido de estos tres autores, nunca estuvo en el Asia o el norte de África, “el influjo de la cultura oriental tuvo acusado impacto en su obra” (223). Según Gasquet, la importancia de Capdevila reside en que su interés en las culturas orientales “está despojado de todo ‘frenesí exótico’”; que considera que “no sólo el pensamiento occidental es portador de universalismo, sino que en esta empresa los aportes de la tradición intelectual de Oriente son también insoslayables”; “destaca claramente que la figura bíblica de la Sulamita, como asimismo la narradora de *Las mil y una noches*, Schehrazada, son figuras universales . . . como *Don Quijote de Cervantes*, las obras de Dante o Shakespeare”; e “insiste en el carácter cosmopolita de la cultura argentina que debe asumir el legado oriental” (225-226). Así a lo largo de su vasta obra, que incluye no sólo poesía postmodernista (*El libro de la noche* 1917), teatro (*La Sulamita* 1916; *El amor de Schehrazada* 1919) sino inclusive escritos jurídicos (*Dharma* 1914), el pensamiento y los temas orientales son fuente constante de inspiración y reflexión. El último escritor estudiado en este capítulo es Álvaro Melián Lafinur, tal vez mejor conocido por ser mencionado en “El Aleph” de Borges, su sobrino en segundo grado. Pero para Gasquet su importancia radica en haber escrito in situ *Las nietas de Cleopatra* (1927), una colección de cuentos de temática oriental, pero que, como es característico de este grupo de autores, “se muestra crítico con la empresa colonialista europea” (237). En cierto modo el séptimo capítulo “Vicente Fatone: Las filosofías de la India y la iluminación mística” estudia al autor que lleva la búsqueda de un conocimiento real de las culturas del Asia hasta sus últimas consecuencias. Fatone, filósofo profesional, no sólo dedica su vida al estudio del pensamiento de la India, sino que viaja al subcontinente para profundizar sus conocimientos filosóficos y lingüísticos. De hecho, con Fatone se da el primer caso de un argentino, probablemente el primer caso de un hispanoamericano, que puede ser considerado un experto de talla mundial en una cultura asiática. Como señala Gasquet, “su labor tuvo la marca de la originalidad intelectual, inaugurando en la Argentina un camino en el que nadie se había aventurado entonces. Este camino, ausente de la cartografía intelectual nacional, fue recorrido por Fatone en augusta soledad” (283).

La “tercera parte”—“Leyendas, literatura y geopolítica: del Levante al Medio Oriente”—trata sobre autores que, debido a su trabajo diplomático tuvieron un contacto personal y profundo con

estas sociedades y cultura. A diferencia de Fatone, cuyo interés en el pensamiento de la India, tuvo un cariz académico, más allá del aspecto intensamente personal de su investigación, estos autores tuvieron interés en influenciar la opinión pública y política. El octavo capítulo—“Historia, leyendas y política en el medio Oriente en Emir Emin Arslan”—trata sobre este escritor y columnista político de origen libanés. El caso de Arslan (1866-1943) es excepcional ya que trata de un autor que a pesar de escribir en español y vivir en la Argentina fue forjado como intelectual y hombre dentro de los ambientes liberales del entonces imperio Otomán. Originalmente un diplomático—llega a la Argentina en 1910—pero se queda permanente en el país luego de la caída del régimen otomano debido a sus críticas a las políticas del nuevo régimen militar (entre ellas su condena al genocidio de los armenios). Su obra, que incluye textos de divulgación cultural—*La verdad sobre el Harén* (1916), *Recuerdos de Oriente* (1925), etc.—novela—*Final de un idilio* (1917)—y escritos políticos—*La revolución siria contra el Mandato francés* (1926)—es descrita por Gasquet como un intento de “acercar una compleja cultura ‘exógena’ (la suya) a su país de adopción” (317). “Fuego y revolución en el extremo oriente. Ramón Muñiz Lavalle en China, Japón, Manchuria y Filipinas”, el siguiente capítulo, estudia el fascinante y trágico caso de este reportero y luego diplomático argentino. Lavalle llega al Asia por primera vez en 1930 para cubrir la guerra sino-japonesa, participa en el mundo intelectual hispanoparlante de la Manila de 1932 y 1933, para volver como diplomático a Hong Kong en 1939 y vivir en carne propia la brutalidad de la ocupación japonesa (su hija murió a consecuencia de la falta de tratamiento médico). La obra de Lavalle que además de estudiar al Japón (*Japón ante el mundo* [1933]), trata también sobre las Filipinas y la China (*El extremo Oriente en revolución* [1935], (*Filipinas y la guerra del Pacífico* [1936]), evoluciona desde la simpatía hacia la presencia japonesa en Manchuria a la colaboración con el *Tribunal Penal Militar para el Lejano Oriente* organizado por los aliados para penalizar los crímenes de guerra. Dicho eso, Gasquet concluye que la amplitud y generosidad de la perspectiva de Muñiz hace que “convenga calificarlo de ‘socialista democrático’ en el pleno sentido de la palabra” (369). El último capítulo de esta Segunda Parte es “Ficciones apócrifas del Oriente: La literatura orientalista de Alberto María Candiotti”. A diferencia de Lavalle, Candiotti, también diplomático—fue cónsul en Beirut de 1927 a 1929, y nombrado embajador ante el Japón en 1941, pero para su fortuna la guerra no le permitió tomar posesión del puesto—escribió obras de ficción situadas en el medio Oriente en las épocas de los califas y el imperio bizantino: *El jardín del amor* (1933) y *El cofrecillo esmaltado* (1934).

A pesar de las ausencias ya mencionadas (Borges, Güiraldes, etc.), el conocimiento profundo de los contextos culturales argentinos, asiáticos y europeos de los que hace gala Gasquet hacen que

El llamado de Oriente sirva no sólo como una fuente de información valiosa sobre algunos autores hoy en día algo marginales, sino que sea un texto útil para todo aquel interesado en las representaciones de regiones periféricas hechas desde otras regiones periféricas. De esta manera, el libro constituye una contribución a lo que hoy denominaríamos un diálogo Sur-Sur, aunque, como todos sabemos, el Oriente esté al norte de la Argentina. Además hay que recalcar que Gasquet provee lecturas brillantes de los textos de estos autores. Entre muchos ejemplos posibles me limitaré a mencionar dos. Así el análisis que hace de *El jardín del amor* y *El cofrecillo esmaltado*, obras situadas en un Levante de leyenda, como textos que se refieren indirectamente a la Argentina es tan sorprendente como convincente. También destaca la lucidez con la que Gasquet analiza las contradicciones necesariamente presentes en los escritos de Delfina Bunge. La obra de esta autora y, en particular sus escritos sobre el viaje al medio oriente, demuestran las tensiones que enfrenta una intelectual de derecha quien, por un lado defiende a la ideología patriarcal católica y, por otro, experimenta la necesidad de expresar sus ideas de una manera independiente y pública.

Por estas razones, considero que este libro es una valiosa contribución al estudio del orientalismo latinoamericano. Y cabe esperar que una vez concluida la trilogía crítica, estos textos ocupen un lugar central en el estudio del pensamiento argentino durante los siglos XIX y XX.